

Chimi... ¿cuándo entrarás en vereda?... No posible que cada tarde que llega tu padre cansado de trabajar todo el día y tenga que sacarte la mugre por las maldades que haces hijo – dijo la madre con voz afligida.

El Chimi agachó su cabeza para recibir nuevamente otro reto, por su mente sólo pensaba tomar venganza por aquel que lo había delatado. Estaba seguro que no habían sido sus hermanos y tampoco, los cabros de la patota de hacerlo su líder lo expulsaba del grupo “Los juanes del Diablo”. Por los detalles que entregaba a su madre sólo tenía que haber sido la el viejo del vecino, aquel hombre que por las tardes ingresaba distinto de cuando salía en la mañana, hasta debía apoyarse en la larga pandereta de ladrillos para no dar de bruce en el suelo. Tenía entre cejas y cejas al Chimi, porque éste igual había eludido su protección que había hecho a sus enormes membrillos de lúcumas que cuidaba tanto dentro de la mañana y solo podía descansar cuando el “maledeto” partía a la escuela. Bastó que en la noche cuando ya todos descansaban en la casa del vecino, éste salía al baño, aquel pozo séptico que se encontraba al lado del gallinero y fuera de la casa.

Aprovechó el silencio de la noche y la oscuridad de las estrellas para agazaparse por unos matorrales y encaramarse en la pared para observar la tranquilidad que se sentía al otro lado del estrecho y largo corredor, donde la variedad de árboles frutales deleitaban la mirada del niño que miraba con sigilo las ramas. Extendió su pequeño brazo, sintió una maraña de tarros vacíos que colgaban para dar la alarma del ladrón de aquellos frutos. Las hojas impedían ver los enormes frutos, el Chimi sabía que estaban ahí, alargó con más cuidado su mano procurando sin rasmillarse en los alambres de púas. Una sonrisa brotó al sentir que su mano ya había dado con uno de ellos. Con su mano izquierda lo fue girando en su eje de donde colgaba, hasta que se soltó de su tallo. Pudo sentir que su mano quedaba algo chica ante el enorme fruto, al alejarse de las ramas se

encontró que su mano y el fruto no pasaban por entremedio de la maraña de alambres; debió pararse sobre el muro, fue la única forma de sacarlo sin dar la alarma, brotó una sonrisa al ver que más arriba podía tener más membrillos. Bajó para esconder entre medio de la maleza su fruto, volvió a encaramarse sobre el muro y su polera sirvió de bolsa para sacar dos enormes frutos. El canto del gallo Claudio lo asustó he hizo desestabilizar su delgado cuerpo, por tratar de equilibrar su cuerpo, uno de los frutos por fortuna fue a dar entre medio de la maleza de su patio, de lo contrario la alarma la hubieran dado los tarros y el perro que dormía plácidamente. Ya estando abajo, procuró de esconder los frutos en la misma maleza, ya se imaginaba ver sus frutos en su bolsón del colegio. Encuclillado buscó dos peñascos en proporción a su mano, tomó vuelo, así como salió expulsada hacia arriba rápidamente lanzaba la otra e ingresaba al living donde su familia veían un programa de televisión, no alcanzaba a sentarse y sonaron con fuerzas las dos piedras en el techo, el silencio de la noche acusó de los dos peñascos que llegaron a rebotar en el tejado. Su padre lanzó un improperio por el desatinado que hacía aquello, mientras que su retoño miraba fijamente la pantalla haciendo no oído a las palabras.

Se durmió con una sonrisa pensando en aquellos frutos y en estar en el fondo del patio del colegio, donde un bosque de álamos llamaban a estar ahí y contemplar la natura.

- El Caroca, es capaz de pasarse a buscar higos secos al lado – dijo el “Cacha me el ojo”, tic nervioso que tenía el Norambuena en su boca al abrirla daba la impresión querer comer su ojo izquierdo.

Una muralla de adobes carcomida por el tiempo y las lluvias de los años, dejaba abierta un pasillo entremedio de matorrales y grandes paletas de tunas, por donde uno se podía meter. En una ocasión estando recogiendo aquellos higos secos, el Chimi sintió ladrar de un perro que corría raudo para hacerse de su presa que hurtaba higos. Las miradas de

los alumnos que miraban como el hábil chiquillo corría sin que el perro le diera alcance y así saltar por los matorrales que había por aquella entrada.

Sonó la campana, esta vez el Chimi no corrió al toque de la campana llamando a la formación, miró su bosque y las aulas a lo lejos, mientras que sus compañeros corrían en una loca carrera. Ingresó en el bosque de álamos y aquellas hojas despidiéndose del Otoño, el hojecer quedaban diseminadas en el suelo en abundancia que ni la tierra se podía ver, arrastraba los pies para sentir aquel crujir de hojas; acción perfumadora para sus fosas, nutriendo en sus sentidos un deleite y embriagaba su alma. Se recostó en el follaje seco y se quedó mirado el cielo, sintiendo la humedad de los árboles, miró el cielo limpio y azulado describiendo nubes y formas extrañas. Una voz y una sombra lo sacó de su mundo e imaginación. Era el Fuenzalida, el profesor ya había descubierto su ausencia de la formación. Una carrera entre los dos, terminó por dejar atrás aquel bosque encantado. Ingresó veloz por un semi túnel cuyo umbral dividía las salas del patio grande y la campana que colgaba en una esquina. El profesor Lagos esperaba al desertor de las clases en la misma esquina de siempre, tomó sus patillas, mientras más elevaba su mano más él procedía a levantar sus pies lentamente para aminorar el dolor producido aquel suplicio. Retuvo las lágrimas para no dar pie a las miradas de los demás compañeros, observando con atención el castigo ejemplizador para los demás quien llegase a desobedecer. Mientras los demás ingresaban al aula, la mano del profesor seguía elevando la patilla del muchacho, tratando de vengar tal vez, la forma en que fue tratado en su infancia estudiantil . Cuando ingresó el Chimi, surgieron miradas de burlas, más ya estaban sentenciados por su osadía. Caminó por el pasillo al final de su banco, vio la ventana abierta, miró al final su bosque ya tomaba impulso para saltar por la ventana y correr a su mundo. El profesor Lagos lo volvía a llamar, el director lo necesitaba en su oficina.

El director en su oficina apretó el hombro para saber cuales eran sus nuevas maldades y andanzas. Buscó en su bolsillo un billete y lo envió a comprar sus famosos cigarrillos Liberty. Voló por la vereda hasta llegar al almacén de don Gustavo, éste movió la cabeza que no tenía, se recordó que tres cuadras hacia el Templo Votivo estaba el otro negocio también vendían y corrió, dentro de su velocidad por la vereda del frente logró ver aquella pequeña gruta donde siempre habían velas encendidas, decían los rumores que allí había muerto un estudiante de la escuela Parroquial, que había sido atropellado; uno que se había caído de una carreta, otros; no sabían en qué circunstancias. A la vuelta, algo lo motivó a cruzar y contemplar más cerca aquella animita. Unas flores casi secas adornaban la entrada de su pequeño santuario, imágenes de La Virgen María, de un Cristo roto, el tizne de las velas había hecho que el techo de concreto se hubiese pintado de negro. Sus ojos se iluminaron al ver unas monedas y un billete. Se inclinó y miró con más atención aquel dinero, no dudó en estirar su pequeña mano y sacar de ahí todo el valioso botín.

Terminada las clases, el Chimi se dirigió a un negocio y compró tanto dulces que pudo caber en su boca, de ahí, se dirigió al Templo y compró unas imágenes de santos.

Se durmió cansado de sus andanzas. Lo que jamás había hecho se despertó cuando la casa toda descansaba, el silencio era eterno solo el respirar de sus hermanos se sentía. Levantó su cabeza para mirar hacia la puerta mitad madera y hacia arriba vidrio, aquella habitación daba hacia el living-comedor y casi frente a la puerta de entrada, ambas puerta eran parecidas. Pudiendo contemplar tras los visillos a las personas que llegaban en el día a la casa. Llamándole la atención que una luz y una sombra había detrás de la puerta de entrada. Aquella sombra, llamó la atención del muchacho. Creyendo que era un ladrón, se puso de encucillas sobre la cama para mirar mejor esa sombra extraña, más bien parecía un ladrón buscando algo. El chimi se puso de pie y se dirigió hacia la

puerta de la habitación y con mucho sigilo se fue acercando para mirar para ver y en su mano la zapatilla para sorprender al ladrón. Aquella sombra sin rostro, más bien parecía un hombre vestido de negro. Llamaba si la atención, esa luz que nacía de su pecho como si buscara algo. El valiente niño no le sacaba la mirada de encima. Corrió un poco el visillo para tratar de observar mejor. Para el Chimi no había duda era un desconocido, sí le llamó la atención que traspasó la entrada principal sin abrir la puerta. Aquella sombra seguía buscando algo. En el interior del muchacho algo se había quebrado, la forma de ingresar y seguir buscando su objetivo era evidente, no caminaba daba la impresión que avanzara por sobre los aires. Era evidente que algo extraño estaba pasando con aquella sombra. Sus ojos del niño crecieron más, al ver que aquella luz después de haber dado con su objetivo iluminó el rostro del muchacho que miraba agazapado tras el visillo. Su carne se electrizó cuando aquel ser o ente, por llamarlo, así traspasó el comedor con sillas y todo en busca del que ya había iluminado.

El Chimi se fue echando de apoco hacia atrás, entendía que algo raro estaba pasando y fue retrocediendo a apoco. El bulto negro sin rostro y esa luz iluminando su cuerpo se quedó tras la mampara de cristal, ahí parado en la puerta. El asustado muchacho miraba a sus hermanos tratando que pudiesen ver lo que él podía contemplar, nada dormían profundamente. Sintió un quiebre en su alma cuando traspasó nuevamente la puerta, estaba seguro para él que aquello no era de éste mundo, soltó la zapatilla y se refugió en su cama, tapándose hasta la cabeza y pensaba que aquello era tan solo un sueño. Se quedó en silencio, en su interior rogaba que aquel espectro se desvaneciera. Tapado y sujetando las frazadas con fuerzas sintió que en tres ocasiones apretaban su pecho. Se quedó callado, algo había en su interior que no le permitía gritar, se quedó así hasta que el gallo cantó al alba.

Aquella mañana, no se despojó de sus frazadas de encima hasta que su madre lo levantaba para ir a buscar la leche. Su madre se molestó por tropezarse con aquella zapatilla que no estaba en su lugar. Para el muchacho el día continuó con sus maldades, pensó que tan solo había sido un mal sueño.

La noche llegó, vino a la memoria aquel sueño y tampoco quiso salir para sacar membrillos llegó con un sabor extraño en su alma. Su padre se puso de pie y se fue acostar, mientras que su madre terminaba de dejar listo las cosas para mañana. El chimi la acompañó hasta tarde aunque cabeceaba y desoyendo la voz de ella seguía. Terminó por acceder, cuando ella ya había terminado; las luces de la casa se fueron apagando, la única prendida era la de la habitación.

Mi hermana mayor, se extrañó al descubrir en mi rostro al Chimi temeroso y sabía que algo no estaba bien conmigo. Tenía que sacar esas visiones o sueños de mi cabeza. La mirada de ella creció al escuchar de mis propios labios lo que me atormentaba desde anoche. La curiosidad de ella también por ver ese espectro o fantasma, ella misma indicaba que la despertara para poder verlo también. La forma de hacerlo era la duda, hasta que la Yanet sugirió que atara una cuerda con la que jugaba a saltar en su mano y apenas viera aquella visión tirara de ella para despertarla.

- Oye Chimi... ¿Qué hai hecho para que te estén penando? – preguntó preocupada.

- Na... po. ¿penando? Yo... me he porta'o bien estos días – suspiró intranquilo, mas llamó la atención aquella palabra.

- Vo tení que haber hecho algo muy malo pa' que te estén pasando esto – acotó su hermana muy segura y conociéndolo – Y... antes de esos dos días – dejó que la pregunta en suspenso.

- Saqué una moneas' y un billete de una gruta de una animita – fue lo primero que le vino a la mente.

- ¡Viste! ¡Que eso es. Te están penando! – ahora era su hermana que se apodera del miedo.

- Yo no le tengo miedo

- ¿¡Entonces por que no apagai' la luz!?

- Porque... yo no sabía que eso era malo... solo que me asusta y me molesta donde aprieta mi cuerpo – el hermano llevó la mano al pecho de ella para indicar como lo hacía.

La voz de atención porque apagaran la luz y se quedaran callados fue la voz de su padre instando al silencio. Su hermana buscó en la cómoda, deslizando los tres cajones como si buscara algo, extrajo una cuerda y la ató en la muñeca de su hermano y a la vez, ella se dirigió a su cama midiendo la distancia que los separaba y cortó el grueso hilo y la amarró a su mano. De esa forma el Chimi daría la alarma si esa noche lo penaban, palabra que no estaba en su diminuto vocabulario. Fue él mismo que se levantó para apagar la luz, se quedó en la puerta mirando la oscuridad que se apoderaba de la casa. Miró a su hermana que solo los ojos se le podían distinguir. Terminó por ir a la cama al ver que el fantasma no estaba, tampoco a su espalda.

Sus ojos permanecieron abiertos y de vez en cuando preguntaba a su hermana si estaba despierta, ella respondía que sí; hasta que ya no respondió. Se durmió profundamente. Volvió a sentir aquella sombra. Abrió sus ojos y ahí nuevamente estaba a los pies de su cama. El Chimi, esta vez no se cubrió la cabeza, la miró, mientras con su mano tiraba del cordel para que su hermana se despertara. Volteó la cabeza para ver si su hermana había despertado, al girar su cabeza donde estaba la sombra; sus ojos crecieron al verla sobre su cuerpo. En fracciones de segundos, ya se había arropado hasta la cabeza, mientras que tiraba con insistencia del cordel. Se quedó quieto, estaba seguro que ahí estaba. Pensó que se había retirado y se fue descubriendo con mucho sigilo su vista, ahí

estaba como si esperaba algo. Volvió a cubrirse y aferrándose a los cobertores. En su pecho sentía que volvían apretarlo. Se quedó en silencio ya no quiso experimentar de mirar aquella sombra.

Esperó que el alba llegase y la claridad iluminara a la habitación, respiró más tranquilo al ver que había desaparecido. Se quedó dormido hasta que su hermano lo sacó de su sueño profundo.

La curiosidad de ella era por saber lo sucedido por la noche. El Chimi alegó que se había cansado de tirar la cuerda, fue ahí donde ella pudo ver que su mano izquierda estaba colorado por los tirones que hizo su hermano. No había duda que algo le estaba pasando a su hermano la prueba era su mano de ella en el sonrojamiento de su muñeca. Aquella segunda noche, esta vez, ya no podía pasarla por alto algo estaba seguro que algo sucedía, ya no era un sueño o una mera imaginación. Sabía que ese espectro o fantasma buscaba algo.

Ya no quería ir a dormir, hasta retos se llevó por no ir a la cama, la luz del dormitorio no la apagó pese a los reclamos de sus hermanos. Su madre lo llamó a la cocina y prácticamente lo confesó, como madre lo notaba extraño y sabía que a su hijo algo le pasaba. El Chimi, terminó por contar lo que estaba sucediendo.

- Hijo te están penando... algo debiste haber hecho para que te esté pasando aquello – miró preocupada.

- ¿Penando? – lo más cercano a esa palabra para él, era cuando se referían al pene o, vulgarmente al “pico”; cuyas conversaciones estaban entre sus compañeros de curso o la patota de su barrio.

Su madre, hizo que le contara todas las cosas que había hechos estos últimos días. Narró la venganza del hurto de los membrillos al vecino, pues pelota plástica que caía a su patio terminaba con un tajo de lado a lado. De los higos que sacaba del fondo del

colegio. De la ejecución barbárica de uno de los gatos de la señora Julia, que lo sacó en estilo comando, arrastrándose con la ayuda de los matorrales y la oscuridad de estos, cuando ellos tomaban once y conversaban plácidamente; bastó alargar la mano y lentamente cogerlo de la cola y arrastrarlo hasta donde estaban la patota de sus vecinos mirando con atención la acción. Ante los ojos de los demás, veían a su líder cumplir una de tantas proezas para mantener el liderazgo. Puso al enfermo gatito en una piedra plana, con mucho esfuerzo alzó otra piedra y la llevó hasta el pilar de la muralla de ladrillos y desde esa altura dejó caer la piedra.

Vino raudo a su mente, las monedas que sacó aquella animita. Su madre le explicó que aquello no era bueno y de las cosas que estaba haciendo. Estaba dicho, mañana devolvería esas monedas y billete que había sacado. Con esa sentencia de empezar a portarse bien, o me acusaría a mi padre de las acciones y ya sabía como él arreglaba las cosas.

Su hermana lo esperaba despierta, al verlo ingresar informaba a ella que había contado a su madre. Mientras tanto, su hermana debajo de las frazadas sacaba la cuerda y hacía lo mismo, éste vez la ató en la otra muñeca. Fue su madre ahora quien apagaba la luz de la pieza. El cansancio lo venció y se durmió profundamente, las frazadas estaban hasta su pecho. Una reacción en su interior de su profundo sueño, sus brazos estaban helados; el Chimi sintió que lo observaban, al abrir sus ojos aquella sombra a pesar que no tenía rostro sentía en su alma que lo miraba. En una rápida reacción se llevó las frazadas a su cara y se refugió en ellas. Daba la alarma a su hermana nuevamente y este no respondía al auxilio. Pasó un largo rato pensando que ya había desaparecido y lentamente fue bajando las frazadas. Respiró tranquilo al ver que no estaba ya casi encima de él, fue bajando lentamente sus cobijas llenó su cara con una sonrisa al ver que en la habitación ya no estaba. Se sentó en su cama y con la ayuda de los brazos levantó su cuerpo para

mirar hacia el comedor. La semi oscuridad indicaba que todo estaba en orden. Se bajó de su cama siempre mirando hacia todas partes y lentamente se dirigió hacia la puerta, corrió el visillo para ver la entrada y el living-comedor otear que todo estaba quieto. En su interior algo decía que aquel ser no se había marchado, seguía mirando por la ventana. Terminó por enderezar su cuerpo dejando de lado, ya su temor empezaba a desaparecer. Se dio medio daba vuelta, ahí estaba, siempre estuvo detrás del frágil muchacho. Sus ojos crecieron al ver aquella sombra frente a él, hizo un quite y saltó por el umbral del camarote y se refugió en las frazadas. Se quedó inmóvil, no gritaba porque sabía que de hacerlo, sería so pena de divulgar todas sus andanzas y lo más seguro, unos cuantos chicotazos en las nalgas por aquellas faltas. Se mantuvo por un largo rato tapado, quiso verificar si ya había desaparecido. No entendía cómo se había soltado la cuerda, ya no tenía comunicación con su hermana. Volvió a correr las mantas y ahí estaba a la espera de algo, el muchacho raudo volvió a taparse hasta la cabeza, sintió que aquella sombra apretaba su pecho.

La mañana llegó, su hermana era la primera saber lo ocurrido y saber porque la cuerda estaba desamarrada y mostraba en su muñeca lo mismo que su otra mano.

A cumplir lo sentenciado por mi madre, devolver la monedas y el billete, rezar unos padre Nuestros y Aves Marías por aquella alma. Pedir perdón.

Frente a frente ante la pequeña gruta, miré que ya tenía nuevas monedas y un billete. Miré el dinero en mis manos y siento una furia desde mi alma y le digo: *“Mira animita concha de tu madre, o no sabía que eso era malo, por tanto, no te devolveré las monedas”*. Me alejé de ahí, sin hacer nada de lo que me había pedido mi madre, mi hermana por más que se amarraba la mano, ya no fue necesario nunca más me visitó aquella animita.